

Biblioteca-Films

N.º
181

■ El Jinete Misterioso ■

25
CTS.



**Pete
Morrison**

**EDHELYN
CROSBY**

Es propiedad de Independencia
Hernandez Hernandez

BIBLIOTECA FILMS

"TÍTULO DE LA SUPREMACIA"

Redacción, Administración y Talleres:
VALENCIA, 384

Centro de Repartos de Publicaciones:
BARBARÁ, 9

AÑO IV

Teléfono núm. 958 G.
BARCELONA

Núm. 181

APARECE TODOS LOS MARTES

REVISADO POR LA CENSURA PREVIA

El jinete misterioso

Emocionante comedia dramática in-
terpretada por el célebre caballista

PETE MORRISON

Exclusiva: **L. GAUMONT**

Paseo de Gracia, 66 - Barcelona

Alfredo Lawrence **PETE MORRISON**
Florencia Fastman **Ethelyn Crosby**

ARGUMENTO DE DICHA PELÍCULA

Registrada. Queda hecho
el depósito que marca la ley.

CARMELA ACUNA

I

Dormido a las sombras de las colinas del "Wild West", en el pueblecito de Rawhide se respira, según sus habitantes, una paz evangélica, alterada únicamente por alguna que otra incursión de cierto bandido misterioso a quien persigue el "sheriff" y sus hombres, sin que hasta aquella fecha, no solamente no hayan podido capturarlo, sino, ni siquiera, descubrir la personalidad del misterioso sujeto.

En este apacible pueblecito vive Alfredo Lawrence, un muchachote sano de cuerpo y de espíritu, que divide su tiempo entre sus sencillos deberes de propietario de un pequeño rancho y los más complicados de ayudante del "sheriff".

Alfredo, como todo hombre joven, tiene también sus ilusiones amorosas y estas ilusiones se hallan encarnadas en la linda figura de Florencia, una preciosa muñequita de carne, que, con la dulzura de su carácter, ha llegado

a convertirse en un verdadero camarada para todos aquellos hombretones rudos, curtidos por el aire y el sol de la sierra.

Un día, el bueno de Alfredo, tan acostumbrado a domar potros salvajes, se vió obligado a domar un "potro" civilizado.

El tal "potro" era, nada menos que un elegante Ford, que Alfredo había comprado para su recreo y al que no podía poner en marcha, a pesar de que hacía lo imposible por no quedar en ridículo delante de sus amigos, los cuales, a la puerta del único bar de la población se reían estrepitosamente, viéndole sudar la gota gorda.

—Nada, Alfredo, no nos convences—exclamó uno de ellos—. ¡A ese "potro" no lo montas tú!

—Toma estas espuelas, a ver si eres capaz de hacerlo correr—le dijo otro de sus camaradas, ofreciéndole las que llevaba puestas.

Alfredo, ante las bromitas de sus amigos, fué perdiendo su calma habitual y terminó por decirles:

—¡Yo os apuesto ciento contra uno que puedo más que ese bicho!—. Y cogiendo un libro de mecánica, que llevaba en el interior del coche, con las instrucciones para su manejo, continuó diciéndoles:

—Esperad. En este libro vienen las enseñanzas para hacerlo marchar sin estropear nada.

Abrió el libro y llamó la atención de sus amigos, sobre una de sus páginas, diciéndoles:



Alfredo, tan acostumbrado a domar potros salvaje...

—Aquí dice que hay que darle con fuerza a la manivela de delante.

Lo hizo así y el motor empezó a dar resoplidos y saltos, envolviendo a todos en una densa nube de humo. Aquello fué como si la Naturaleza hubiese mandado de pronto una tromba de nuevo modelo, destinada a aterrozar a los hombres y a las bestias.

—¡Páralo, Alfredo!—gritó uno de los presentes—. ¡Este animalucho es capaz de arremeter contra todos nosotros!

Entonces vino la operación más difícil: la

de parar el motor. Lawrence volvió nuevamente a consultar el texto instructivo, pero, desgraciadamente, la página que contenía las instrucciones para el paro había desaparecido y no tuvo más remedio que ir pulsando, uno a uno, todos los resortes del coche, hasta que por fin dió con uno que inmovilizó a aquella fiera.

Como todo ésto ocurría a la puerta del bar, donde Alfredo había llevado su automóvil, para que lo admirase también Fermina, la dueña del establecimiento, íntima amiga suya, ésta había presenciado toda la operación, y como los demás se reía de los apuros que pasaba Lawrence, que al fin se declaró vencido y exclamó:

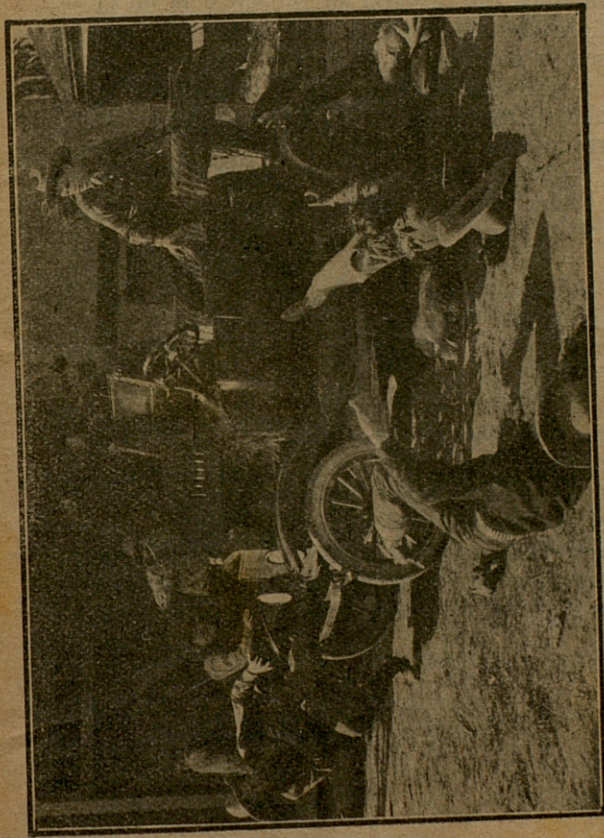
—Para prueba, ya es bastante... ¡Desde hoy no quiero más caballos que los que muerden y dan coques!

Y con esto dieron fin aquellas escenas, que habían animado durante unas horas la vida monótona de algunos habitantes de Rawhide.

Limitando con el rancho de Alfredo Lawrence hallaba el de Fastman, donde sus habitantes cultivaban, con amor, dorados sueños de riquezas.

Era dueña de él la señora Fastman, madre de Florencia, la que con varonil esfuerzo explotaba las tierras que le legó su marido, en las cuales acababan de descubrirse ricos yacimientos petrolíferos.

Los deseos más ardientes de Alfredo eran



Aquello fué como si la Naturaleza hubiese mandado de pronto una tromba de nuevo modelo.

que se borrara, para convertirse en uno solo, la línea que dividía su rancho y el de la señora Fastman y en varias ocasiones quiso dárselo a entender a Florencia diciéndole:

—Florencia, tengo una idea y creo que con ella su rancho ganaría un buen pedazo de terreno más.

—¿Qué idea es esa?—le preguntaba la muchacha, a quien su vecino le era extremadamente simpático e interesante.

—Todavía no puedo decirle nada—contestaba él, temeroso de haber descubierto sus sentimientos—. Cuando llegue el momento, se lo diré todo y usted juzgará si mi plan es aceptable.

Florencia, no adivinaba, sino que estaba segura de lo que su amigo quería decir con aquéllo y esperaba con intranquilidad el momento en que Alfredo abandonara su timidez, para decirle que ella también le amaba, pero, mientras tanto, tenía que conformarse con saberse amada y aguardar con anhelo el momento de unir sus vidas.

2.596

II

En los días que siguieron, una vez más turbó la paz del pueblo la sombra que, desde hacía algún tiempo, era su constante amenaza. El "Jinete Misterioso", tan temido por todos los habitantes, había vuelto a realizar una de sus muchas fechorías y el "sheriff" decidió apoderarse de él a toda costa y para ello colocó un bando que decía:

RECOMPENSA

"500 dólares se pagarán al que capture o ayude a capturar al "Jinete Misterioso", cuyos actos delictivos son un peligro para la paz de la ciudad.

Guillermo Lawton—"Sheriff."

En cuanto Alfredo leyó el bando se encaminó a la casa del "sheriff" y le preguntó:

—¿Qué pasa, Lawton? He visto el bando que acaba de expóner y he venido para ayudarle en lo que pueda.

—Ese maldito Jinete nos está dando que hacer otra vez... Vamos a ver si nos es posible ahora echarle el guante.

—Déjelo usted de mi cuenta y yo le prometo que, antes de lo que usted se cree, ese bandido lo tendré amarrado.

—Mucha confianza tengo en usted, Lawrence—respondió el "sheriff"—, pero ese miserable parece un fantasma que se hace invisible, cuando más seguro está uno de tenerlo entre las manos.

—Ríase usted de los fantasmas, "sheriff", que como yo pueda echarle mi lazo, ya verá usted si desaparece.

—En usted confío más que en nadie—terminó diciendo Lawton—. Si necesita algunos hombres, dígamelo para ponerlos a sus órdenes.

—Muchas gracias, pero creo que, para este asunto, me basta con algunos amigos, que tienen tantos deseos como yo de hacer que ese bandido descanse un poco de sus correrías a la sombra de la cárcel.

Algunas horas después de esta conversación, Alfredo Lawrence y varios hombres de su rancho salieron en busca del misterioso bandido. La casualidad vino en ayuda de los perseguidores y no tardaron en tener frente a ellos al incógnito jinete, que al verlos comprendió el peligro que corría y emprendió una veloz carrera, para ponerse fuera del alcance del lazo y de las balas de Lawrence. Este y sus compañeros siguieron al bandido en su huida, pero, en un recodo del camino, perdieron su

pista, sin que pudieran encontrarla nuevamente, a pesar de todas las pesquisas que hicieron.

Al cabo de un rato comprendieron la inutilidad de seguir buscando por más tiempo y Alfredo volvió grupas atrás diciéndole a su compañero:

—Esta vez hemos fracasado, pero no importa, otro día lo cogeremos.

Mientras tanto, el bandido, oculto entre la maleza del monte, espiaba toda la maniobra de sus adversarios y cuando los vio desaparecer salió de donde estaba e iba a montar ya en su caballo cuando divisó a los lejos un coche que se aproximaba y volvió a ocultarse nuevamente, con la intención de asaltarlo.

El viajero que había visto el ladrón, era Juan Marsh, representante de un sindicato petrolífero. Se dirigía al pueblo con la intención de entrevistarse con la señora Fastman, pero su mala suerte iba a hacer de él una víctima del bandido.

Al llegar donde éste estaba oculto se abalanzó sobre Marsh y le despojo de cuanto llevaba, sin que el viajero pudiera hacer resistencia alguna por lo imprevisto del ataque.

En los bolsillos del asaltado encontró el bandido una carta en la que uno de sus párrafos llamó poderosamente su atención.

Lo que tanto parecía haber interesado al "Jinete Misterioso" era un trozo de la carta que decía:

“...y su misión consiste en persuadir a la señora Fastman a que nos ceda, a cualquier precio, la explotación de los yacimientos petrolíferos, que, según las huellas encontradas, existen en su rancho. Ya ella está enterada de nuestros proyectos y solamente es preciso hacerle firmar el contrato.”

—¡Es mucho mejor negocio del que yo creía!—exclamó el bandido satisfactoriamente.

—Lo que interesa ahora es que esa señora firme el contrato, pero vendiéndome a mí la explotación, para luego poderlo yo hacer a esta compañía.

Y pensando en su diabólico proyecto abandonó a su prisionero y se encaminó hacia su guarida, de donde salió transformado en el apacible ciudadano de Rawhide, donde era conocido por el nombre de Roberto Lindsay y cuyos negocios misteriosos eran ignorados por todos los del pueblo.

Aquella tarde, Alfredo, al lado de la linda mujercita de sus sueños, se sentía el hombre más feliz de la tierra, mientras que Florencia le reprochaba su tardanza diciéndole:

—¿Es que son tan grandes sus deberes oficiales, caballero, que no le queda ni un momento para venir a visitarme?

—Le juro que no me ha sido posible, Florencia, venir antes, pero le juro también que no he hecho otra cosa que pensar en usted—respondió Alfredo.

—No es necesario que lo jure, Alfredo—volvió a decirle ella, sin querer darse por vencida—. Desde esta mañana no se le ha podido ver a usted por ninguna parte.

—Créame usted, Florencia. He tenido que salir en busca de ese “Jinete Misterioso” y esa ha sido la única causa que me ha retenido lejos de usted—respondió Lawrence.

Iba la muchacha a protestar nuevamente, cuando se presentó Lindsay con un hermoso ramo de flores y entregándoselo a la joven le dijo:

—No olvido que hoy es su cumpleaños, señorita Florencia, y le traigo estas flores, para demostrarle mi recuerdo.

Desde que el “Jinete Misterioso” se le escapara de las manos, Alfredo desconfiaba de todo el mundo y especialmente de Roberto Lindsay, pero no quiso hacer visibles sus sospechas y dejó solos a Florencia y Roberto que continuó diciéndole a la muchacha:

—Señorita Florencia, ¿por qué no convence usted a su madre, para que me venda su rancho? Yo le pagaría bien esos terrenos casi sin valor...

—Ya sabe usted, Lindsay, que jamás me he metido en los asuntos de mi madre y por lo tanto, poco puedo influir en este sentido—respondió la joven, a quien no le era nada de agradable la compañía de aquel misterioso sujeto.

—Sin embargo, si usted quisiera, podría ayudarme... ¿No le parece que nosotros podríamos ser algo más que simples amigos?

Y, al decir esto, procuraba apoderarse de una mano de Florencia, que ella apartó rápidamente, demostrando a las claras la molestia que la causaba.

Alfredo, cuando ya se encontraba a alguna distancia, se volvió rápidamente, preso de un extraño presentimiento y al ver la actitud de Roberto se acercó a él diciéndole:

—Me parece que vengo a molestar, ¿verdad?

El corazón enamorado de Florencia adivinó en aquellas palabras los celos mal disimulados de Alfredo y para excitarlos aun más le contestó, enseñándole el ramo que le había regalado Roberto:

—El señor Lindsay ha tenido la atención de regalarme estas flores... ¿Verdad que son muy bonitas?

—Sí... muy bonitas... Pero las flores no se le regalan más que a los muertos—contestó Lawrence, retando al bandido con la mirada.

Este, al ver la actitud de su rival, pretextó una excusa y le dejó el campo libre, antes que tener que vérselas con sus puños, a los que todos les tenían gran respeto.

Cuando quedaron solos, Alfredo no pudo contenerse por más tiempo y exclamó:

—¡Florencia! ¿por qué ha admitido estas flores de Roberto?



Al ver la actitud de su rival le dejó el campo libre.

—Porque él, al menos, ha tenido la galantería de acordarse de que hoy es mi cumpleaños.

Lawrence, comprendió la indirecta y acercándose aun más a la muchacha, le suplicó:

—¡Perdóneme, Florencia, perdóneme!... ¡Palabra, que no me había acordado! Espéreme aquí cinco minutos y ya verá como le traigo algo que vale más que las flores.

Y como si fuera un chiquillo salió corriendo, sin decir siquiera lo que pensaba hacer.

III

Después de una penosa marcha, Juan Marsh llegó al rancho de la señora Fastman y le dijo a ésta, que fué quien salió a recibirlo:

—Yo venía aquí para entrevistarme con la señora Fastman.

—Puede usted decir lo que desea. La señora Fastman soy yo—repuso ésta.

—Señora, usted se extrañará de verme en este estado—quiso explicarle el representante de la Compañía petrolífera—. Un bandido enmascarado me asaltó en la carretera y después de robarme me inutilizó el coche.

—Desgraciadamente, desde hace algún tiempo, ese bandido, a quien le dicen el "Jinete Misterioso", trae de cabeza a los pacíficos habitantes de estas tierras—repuso la señora Fastman.

—Yo debía haber llegado esta mañana, señora, pero ese miserable bandido me obligó a andar unas cuantas leguas a pie y además me quitó los documentos que me acreditan como representante de la Compañía, con quien está en trato para la venta de sus terrenos, y con ellos el contrato de compra.

Si usted quiere extenderemos otro y le abonaré ahora mismo el anticipo acordado, por medio de una orden al Banco.

—Es que antes de firmar nada, yo necesito saber qué condiciones son las que ustedes exigen—repuso la señora Fastman.

—Ya sabe usted lo que deseamos... Explotar nosotros el petróleo que se encuentre en su propiedad.

—Bien, esperemos a mañana y le daré mi contestación definitiva—contestó la dueña del rancho, y cuando ya iba a salir el forastero lo llamó nuevamente para decirle:

—Esta noche hay baile en el rancho. Vendrán los muchachos y habrá un poco de alegría. Queda usted invitado y espero no faltará usted.

Marsh agradeció, con una leve inclinación de cabeza, la invitación y salió del rancho, con dirección al pueblo.

En el bar que había en éste se hallaba Alfredo Lawrence, que había ido a comprar el regalo para Florencia y le decía a la simpática Fermina, que le preguntó, al verlo tan sofocado, por la carrera que había dado.

—¿Qué quiere usted, Alfredo?... ¿Una zarzaparrilla para refrescarse la sangre?

—Quiero una caja de bombones, pero no se lo diga usted a los muchachos, porque luego se guasean.

—¿Pero son para usted los bombones?—inquirió la dueña extrañada.

—¡Naturalmente que son para mí! ¿Es que a un hombre no pueden gustarle las golosinas?

Lo primero que había dicho Lawrence era que guardara el secreto de su compra y lo primero que hizo Fermina fué llamar la atención de los amigos del comprador diciéndoles:

—¡Miren ustedes lo que se lleva Alfredo! Una caja de bombones con lacitos y todo.

Y ante las risas de sus compañeros, salió Alfredo corriendo, para llevarle a Florencia aquella prueba de su amor.

—Aquí tiene lo que le prometí—exclamó Lawrence, entregándole a la joven la caja de bombones, que ella recogió agradecida y para demostrárselo le dijo:

—Alfredo si va usted esta noche al baile le prometo reservarle todos los bailes.

—¿De verdad no bailará usted con nadie, nada más que conmigo?—le preguntó Lawrence, sin poder disimular la alegría que le causaba el ofrecimiento de la muchacha.

—Puede usted estar seguro de ello—le respondió Florencia, dejándose acariciar la mano que impensadamente tenía entre las suyas Alfredo.

Y con una mirada de mutua comprensión se dijeron sus ojos todo el amor que se encerraba en sus corazones y que sus labios no sabían expresar.

IV

El baile de aquella noche estaba animadísimo y en él los muchachos se divertían ingenuamente.

Alfredo, tal y como le había prometido a Florencia, no faltó a la cita, pero tampoco faltó Lindsay, a quien empezaba a resultarle demasiado interesante la heredera del rancho Fastman.

En un momento en que Florencia estaba sola se acercó a ella y le dijo:

—¿Quiere usted bailar conmigo este baile, que van a tocar?

—Muchas gracias, Lindsay, pero no puedo bailar. Le he prometido a Alfredo bailar solamente con él y no está bien que falte a mi palabra.

—Eso no importa. Alfredo es bastante amigo mío y no se disgustará, si la ve bailando conmigo.

Lawrence, desde hacía rato, estaba observando la actitud de Lindsay y cuando vió que éste hacía ademán de coger a la joven se acercó a él y, quitándosela violentamente, exclamó:

—¡Esta plaza está tomada, amigo Roberto y pierde usted el tiempo lastimosamente!

No por esto se dió por vencido el bandido, sino que esperó un momento oportuno para acercarse nuevamente a Florencia y decirle:

—Florencia, le aconsejo por su bien que se aleje de Alfredo.

—¿Qué quiere usted decir con eso? — le preguntó la joven extrañada de las palabras de aquél.

—Que estoy casi seguro de que él y el "Jinete Misterioso" son una misma persona.

—¡Eso que acaba usted de decir es una calumnia!—protestó la joven, que no quería, ni podía dudar de la honorabilidad del hombre amado. Pero Roberto, sin amilanarse por aquella contestación, continuó diciéndole:

—Quizás no tarde mucho tiempo sin que pueda ofrecerle a usted las pruebas que justifican mis palabras.

Florencia ya no pudo aguantar más las insolencias de aquel malvado y exclamó desdenosamente:

—¡Es usted un miserable, Lindsay! ¡Para luchar entré hombres, hay otras armas más nobles que la mentira! Y para demostrarle que no es verdad nada de lo que dice voy a preguntárselo ahora mismo a Alfredo.

—No es necesario que se lo pregunte usted a él, puesto que no le dirá la verdad. Espere unos días y se convencerá por usted misma.

Era demasiado grande el cariño que Flo-

rencia sentía por Lawrence para que pudiera dudar por un momento de la inocencia de Alfredo y convencida de ella lo llamó para decirle:

—¡Defiéndase, Alfredo! Lindsay dice que usted es el "Jinete Misterioso".

Al oírse difamar así, delante de la mujer adorada, Lawrence se adelantó hacia donde estaba Roberto y adoptando una actitud poco tranquilizadora le exigió una rectificación inmediata diciéndole:

—¡Lindsay, va usted a reconocer ahora mismo que es un embustero o a demostrar que yo soy un bandido!

—¡Habla usted muy alto, Lawrence! — contestó Lindsay—. Menos mal que a mí me da por despreciar sus palabras.

Nadie de los que conocían a Alfredo se podían creer que éste fuera capaz de aguantar aquellos insultos y esperaban que de un momento a otro estallase la tormenta y que Lindsay pagase caro su atrevimiento.

En efecto, ésta no se hizo esperar mucho rato, porque al oír Roberto el tono despreciativo con que le hablaba su adversario exclamó:

—Me parece que usted y yo vamos a tener que hablar en un lenguaje en que nos entenderemos mejor.

Y diciendo esto esperó a que Roberto se pusiera en guardia para emprenderla con él a puñetazos limpios.

Los dos hombres poseían una fuerza hercúlea y el combate que se había originado amenazaba con agotar las fuerzas de los dos adversarios, sin que ninguno de ellos resultara vencedor.

Florencia, en un ángulo de la estancia, presenciaba aterrada la lucha de los dos hombres y el corazón le latía violentamente, ante el temor de que Alfredo pudiera ser vencido. Pero afortunadamente, no sucedió así. Lawrence aprovechó un descuido de su enemigo para propinarle un directo formidable, que le hizo rodar por tierra y decir:

—¡Basta! ¡Rectifico todo lo que usted quiera!

Entonces se vió una vez la nobleza del alma de Alfredo, que levantando a su adversario le ofreció su mano diciéndole:

—Siento haberle hecho daño, Lindsay, pero fué usted quien me obligó a luchar... ¿Quiere usted estrechar mi mano?

—Le estoy agradecido por esta lección que me acaba de dar, Alfredo—repuso Lindsay, aceptando la mano que le ofrecía—. Yo le prometo no meterme más en sus asuntos ni volver a hablar mal de nadie.

Y con un fuerte apretón de manos volvieron a reanudar la antigua amistad, sincera la del vencedor e hipócrita la del vencido.



— ¡Basta! ¡Rectifico todo lo que usted quiera

V

Alfredo Lawrence no podía olvidar el fracaso que había tenido en la persecución del "Jinete Misterioso" y desde aquel día su empeño por descubrirlo era cada vez mayor.

Sus sospechas fueron a recaer precisamente en Juan Marsh y desde que lo viera por primera vez le seguía los pasos, sin perderlo un momento de vista.

Aquella mañana, cuando lo vió salir del hotel en que se hospedaba y dirigirse hacia el rancho de la señora Fastman tuvo el presentimiento de que allí iban a suceder acontecimientos extraordinarios y sin perder un momento, cogió su caballo y salió detrás del forastero que había suscitado sus sospechas.

Juan Marsh, como ya comprenderá el lector, iba al rancho de la señora Fastman con el único objeto de firmar el contrato, que el día anterior había ofrecido a la propietaria de aquellos terrenos.

Sin embargo, en el pueblo había otro individuo que lo había reconocido y que sabía cuál era la causa de su visita al rancho. Este era Roberto Lindsay, que había cono-

cido al viajero que asaltó el día anterior y decidió no perder el negocio, que de una manera tan imprevista se le había presentado.

Cuando lo vió encaminarse para el rancho de la señora Fastman adivinó en seguida a lo que iba y decidido a jugarse el todo por el todo corrió a su guarida y se convirtió en el famoso "Jinete Misterioso", que tanto venía dando que hacer al "sheriff" y su gente.

Desde hacía rato la señora Fastman esperaba la llegada del representante de la Compañía que quería comprarle los yacimientos petrolíferos y cuando éste se presentó le dijo:

—He estudiado bien sus proposiciones y estoy conforme con que le desean.

—Lo celbro mucho, señora—repuso el delegado de la Compañía—. De esta forma nos evitamos discusiones que siempre resultan molestas y más aún tratándose de intereses.

—Puesto que los dos estamos conformes, cuando usted quiera podemos firmar el contrato. ¿Le parece que lo hagamos esta tarde?

—No es necesario. He traído conmigo el contrato y podemos cerrar el negocio ahora mismo.

En aquel instante y cuando la señora Fastman se disponía a firmar el contrato apareció en la puerta un enmascarado y apuntando con sus pistolas los intimidó diciéndoles:

—¡Un momento! ¡No firme usted todavía! La dueña del rancho sorprendida por la

aparición de aquel enmascarado soltó la pluma y el bandido continuó diciéndoles:

—Una de dos: o me dan ustedes parte en el negocio, o impido que se lleve a cabo.

—¿Quién es usted para exigir tal cosa?—preguntó la señora Fastman, repuesta de la primera impresión.

—Le conozco, señora—le explicó Marsh—. Este individuo es el mismo que me asaltó, destrozándome mi coche y robándome los documentos que traía de la Compañía.

—¡Nada les importa quien yo sea!—exclamó el bandido—. Aquí lo importante es firmar el contrato y como el tiempo es oro quiero que me den ahora mismo la parte que me corresponde en este negocio.

—¡Espérate que yo te la daré, miserable!—gritó una voz a la espalda del bandido, que al verse sorprendido dió un salto y salió por la ventana antes que nadie pudiera impedirlo.

El que había lanzado aquella exclamación era Alfredo Lawrence, quien, espiando al representante, había descubierto al verdadero "Jinete Misterioso".

Por segunda vez se le escapaba cuando ya le creía tener en su poder, pero ahora estaba decidido a encontrarlo, aun cuando se escondiese en el centro de la tierra y salió detrás de él.

La señora Fastman llamó a sus hombres y señalándoles a Alfredo les ordenó:



La captura del bandido fué un motivo más para que todos admirasen el valor de Alfredo.

—¡Corran muchachos... Alfredo va persiguiendo al "Jinete Misterioso"!—

Roberto, al sentirse perseguido, hostigó sin piedad al hermoso corcel que montaba, que al sentir heridos sus ijares emprendió una fantástica carrera.

No menos veloz era el caballo que montaba Alfredo y tenía además en su favor el ser conducido por un experto jinete, que aprovechaba todos los accidentes del terreno para ir acercándose cada vez más.

Por fin, Alfredo creyó oportuno emplear el lazo y pronto el bandido se vió sujeto y derribado al suelo.

Cuando Lawrence se acercó a él y le quitó el pañuelo, con que cubría su rostro, quedó extrañado al reconocer en él a Lindsay.

Habían llegado también los hombres que salieron para ayudarle y Alfredo mostrándole a su prisionero les dijo:

—Aquí tenéis al “Jinete Misterioso”. Si no se le ocurre meterse en este negocio del petróleo todavía andaría dándonos que hacer por ahí.

La captura del famoso bandido fué un motivo más que todos los habitantes de Rawhide admirase naun más el valor de Alfredo.

—Lawrence—le dijo el “sheriff”, cuando aquél le entregó al bandido—, acaba usted de prestar un servicio inmejorable. Gracias a usted el pueblo se verá libre de ese fantasma que le traía atemorizado.

—Ya le dije yo a usted que a mí los fantasmas me hacían reír—contestó Alfredo.

—Le prometí capturarlo y aunque la primera vez fracasó finalmente he cumplido mi palabra.

Quiere usted aprender a bai'ar el

CHARLESTÓN

pida el método a Biblioteca Films

PRECIO

25 cts.

VI

En el rancho Fastman todo era actividad y trabajo. Habían llegado los mineros enviados por la Compañía explotadora de los yacimientos petrolíferos y la propietaria de aquellos terrenos veía, con íntima satisfacción, el inmenso valor que éstos habían de adquirir dentro de poco.

Florencia contaminada por la alegría de su madre era inmensamente dichosa y una única nube de felicidad venía a empañar el cielo diáfano de su dicha. Esta era el alejamiento incomprensible, que desde hacía algún tiempo notaba en Alfredo.

Desde que su madre cedió los terrenos a la Compañía creyó notar en él un cambio repentino y, sin poder contenerse por más tiempo, salió un día decidida a aclarar aquella situación.

Estaba Alfredo en su rancho, dando órdenes a algunos de sus hombres, cuando se presentó Florencia y le dijo:

—Alfredo, he venido a buscarlo para que demos un paseo a caballo.

—Lo siento mucho, Florencia, pero en este

momento estoy apartando el ganado que ha de embarcarse y no puedo complacerla.

—Entonces esperaré a que usted termine—contestó la joven, apeándose de su caballería.

—Le advierto que tardaré bastante en terminar—volvió a decirle Alfredo.

—Ya le he dicho que esperaré lo que sea necesario—repuso la muchacha—. A no ser que tenga usted meido a comprometerse saliendo conmigo.

Aquella indirecta hizo más efecto que todas las anteriores palabras y cuando por fin quedó terminada la operación del apartado los dos jóvenes montaron en sus caballos y salieron a dar el solicitado paseo.

—¿Sabe usted por qué le he invitado a que me acompañe?—le preguntó Florencia.

—Es lo único que no soy, adivino—contestó esforzándose por sonreír su acompañante?

—Pues lo he invitado para saber a qué es debido que usted de un tiempo a esta parte me huya sin decirme el motivo.

—Florencia, usted comprenderá que su rancho ha adquirido un valor considerable y que el mío comparado con el suyo es un verdadero corral de vacas.

—¿Y esa es la única causa?—volvió a preguntarle la joven.

—La única.

—Entonces no tenga usted miedo, así po-

drán tener mejor patrimonio mis herederos y los de...

—¿Y los de quién?—le atajó Alfredo.

—Y los de usted—repuso Florencia bajando la cabeza.

—¿Pero es verdad que me quiere usted? ¿De verdad no se burla de mí, Florencia?

—Pero todavía no lo ha comprendido usted? Pues se necesitaba estar ciego.

—Es verdad, Florencia. Yo estaba ciego, era una venda la que mi cariño me había puesto en los ojos impidiéndome ver el de usted.

Y en el romántico atardecer de aquella tarde de primavera dos almas enamoradas se unieron en un beso de infinita pasión.

FIN

PROXIMO MARTES

El grandioso drama novelizado
de conmovedor asunto

La hija ignorada

por el nuevo "as" de la pantalla
Kenneth Mc Donal

Postal: JACK HOLT

momento estoy apartando el ganado que ha de embarcarse y no puedo complacerla.

—Entonces esperaré a que usted termine—contestó la joven, apeándose de su caballería.

—Le advierto que tardaré bastante en terminar—volvió a decirle Alfredo.

—Ya le he dicho que esperaré lo que sea necesario—repuso la muchacha—. A no ser que tenga usted meido a comprometerse saliendo conmigo.

Aquella indirecta hizo más efecto que todas las anteriores palabras y cuando por fin quedó terminada la operación del apartado los dos jóvenes montaron en sus caballos y salieron a dar el solicitado paseo.

—¿Sabe usted por qué le he invitado a que me acompañe?—le preguntó Florencia.

—Es lo único que no soy, adivino—contestó esforzándose por sonreír su acompañante?

—Pues lo he invitado para saber a qué es debido que usted de un tiempo a esta parte me huya sin decirme el motivo.

—Florencia, usted comprenderá que su rancho ha adquirido un valor considerable y que el mío comparado con el suyo es un verdadero corral de vacas.

—¿Y esa es la única causa?—volvió a preguntarle la joven.

—La única.

—Entonces no tenga usted miedo, así po-

drán tener mejor patrimonio mis herederos y los de...

—¿Y los de quién?—le atajó Alfredo.

—Y los de usted—repuso Florencia bajando la cabeza.

—¿Pero es verdad que me quiere usted? ¿De verdad no se burla de mí, Florencia?

—Pero todavía no lo ha comprendido usted? Pues se necesitaba estar ciego.

—Es verdad, Florencia. Yo estaba ciego, era una venda la que mi cariño me había puesto en los ojos impidiéndome ver el de usted.

Y en el romántico atardecer de aquella tarde de primavera dos almas enamoradas se unieron en un beso de infinita pasión.

FIN

PROXIMO MARTES

El grandioso drama novelizado
de conmovedor asunto

La hija ignorada

por el nuevo "as" de la pantalla
Kenneth Mc Donal

Postal: JACK HOLT

No deje usted de leer

METRÓPOLIS

Novela sensacional de gran
asunto idealista y amoroso

Ha constituído uno de los
éxitos más sólidos de la
temporada, los cuales
han sido editados por

Biblioteca Films

CUBIERTA A VARIAS TINTAS
64 páginas de selecta literatura

50 céntimos

COLECCION USTED

Biblioteca Romántica

que contiene las más famosas novelas francesas, de carácter amoroso y sentimental

PRIMEROS TITULOS

El Secreto de una Vida

Una de las últimas producciones de

Marcel Priolet

autor de la célebre novela

Abandonada... en su noche de bodas

¡Tuya!...

Sugestiva novela del gran literato

Fernand Peyre

Rosas de Sangre

Delicada narración de amor y sacrificio de

G. Spitzmuller

La Hora del Amor

Asunto emotivo y de pasional interés de

H. Langlade

64 págs. de texto - 150.000 letras

PORTADA A TODO COLOR

Catálogos y pedidos a BIBLIOTECA FILMS
APARTADO 707 BARCELONA